



Cariñoso homenaje a Vicente Emilio Sojo

NUESTRO compañero, Eduardo Lira Espejo, nos ofreció en el número anterior, una síntesis biográfica del Maestro Sergiu Celibidache, y a través de su bien tajada pluma llegaron hasta vosotros, nuestros estimados lectores, todos los aspectos polifacéticos de sus disciplinas humanas y aquellos rasgos íntimos y cordiales que caracterizan su fuerte personali-

chas de ellas debidas a las más altas firmas de la costura parisina... y derrochar después, pródigamente, los florilegios galantes ante tanta belleza y distinción reunidas, que formaban un marco adecuado a la solemnidad artística y mundana.

No es ésa nuestra misión, pero tampoco hemos querido evitar nuestra intromisión en el cercado ajeno, al considerar que toda manifestación

tado de las normas clásicas y tradicionales, suprimiendo el obligado Adagio.

En la Introducción que lo sustituye, jugaron, maravillosamente dichos por nuestra Orquesta, todos los temas fundamentales de la obra y aún aquéllos secundarios que figuran ligeramente esbozados, pero con una gran riqueza expresiva y rítmica.

Vino después el célebre Allegretto, página inspiradísima en cuanto a su línea melódica, y con un carácter elegíaco, dentro de una sucesión de ritmos insistentes, en tiempo de andante. La interpretación que dió Celibidache al conocido Movimiento tuvo la virtud de la sobriedad, dentro de los más estrictos cánones de fidelidad a la "particella", pero dejando siempre un amplio margen a sus disciplinadas huestes, en la forma expresiva. La Orquesta se cre-

ció a la Orquesta por su brillante actuación.

El "Don Juan", de Strauss, que figuró en la segunda parte del programa, no es obra que llega siempre a ganarse la atención y emoción de los públicos, a pesar de su complicadísima estructuración orquestal o quizá, por ella misma. No obstante, hay pasajes de inspiradísima melodía, pero son esbozos ligeros que luego dan paso a las complicaciones contrapuntísticas y a los efectos de amplia sonoridad. El final, que tiene una expresión triste, se ajusta muy bien al poema de Lenau, quien nos describe la muerte del bullicioso protagonista, pero los acordes últimos dejan un hálito de amargura y no son muy propicios para arrancar una ovación entusiasta entre los oyentes. Sin embargo, la labor de la Orquesta fué muy buena, y Celibidache la di-

El Maestro CELIBIDACHE, con la Orquesta Sinfónica de Venezuela

Asistimos también al Segundo Concierto, en la mañana del domingo. Estaba anunciado el poema de Strauss, "TILL FULENSPIEGEL", pero Celibidache prefirió repetir el "Don Juan" del mismo autor. En esta segunda audición, la Orquesta se superó en la obra, y las ovaciones sonaron fuertes y merecidas.

Me gustó más la versión primera de la "Séptima" de Beethoven, en sus tres primeros Movimientos, aunque la ejecución fuera muy buena también el domingo. Sin embargo, el Allegro final obtuvo una interpretación superior a la primera, y Celibidache lo llevó con una alegría y un dominio tales, que provocaron el entusiasmo del público.

Cerró nuevamente el Concierto la famosa Obertura de Tannhauser. Aquí se desbordó el entusiasmo. Pues si brillante fué la primera ver-

de Venezuela

Cariñoso homenaje a Vicente Emilio Sojo

NUESTRO compañero, Eduardo Lira Espejo, os ofreció en el número anterior, una síntesis biográfica del Maestro Sergiu Celibidache, y a través de su bien tajada pluma llegaron hasta vosotros, nuestros estimados lectores, todos los aspectos polifacéticos de sus disciplinas humanas y aquellos rasgos íntimos y cordiales que caracterizan su fuerte personalidad.

Me incumbe hoy a mí el enjuiciar su labor artística al frente de la Orquesta Sinfónica de Venezuela, en los Conciertos que tuvieron lugar en la sala del Teatro Municipal, la noche del 11 y mañana del 14 de enero, respectivamente.

Pero antes de llegar a nuestra labor crítica, digamos primeramente que la reaparición del genial Maestro rumano ante nuestro gran público, constituyó un acontecimiento social destacadísimo, congregándose en el Municipal lo más florido y granado de la sociedad e intelectualidad capitalinas.

La concurrencia femenina fué realmente extraordinaria y un cronista de salones hubiera tenido un trabajo extraordinario para recoger los nombres de tantas gentiles damas y damitas describir sus elegantes "toilettes", mu-

chas de ellas debidas a las más altas firmas de la costura parisina... y derrochar después, pródigamente, los florilegios galantes ante tanta belleza y distinción reunidas, que formaban un marco adecuado a la solemnidad artística y mundana.

No es ésa nuestra misión, pero tampoco hemos querido evitar nuestra intromisión en el cercado ajeno, al considerar que toda manifestación del Arte en sus más variadas expresiones debe estar siempre rodeada de un ambiente de belleza, y el que se respiraba en la elegante sala del Municipal, totalmente llena, colmaba todas nuestras exigencias estéticas.

Tampoco puedo silenciar que la presencia de Celibidache, ante el simbólico atril, provocó la primera de las ovaciones de una velada pródiga en ellas. Era la bienvenida y el saludo de nuestro público musical a su diletto artista y el engarce con laureles, bien ganados, en anteriores actuaciones con nuestra Orquesta.

En medio de un silencio y una expectación impresionante, la batuta del Maestro rumano inició el Primer Movimiento de la bellísima "Séptima" en La Mayor, de Beethoven, a la que el genial sordo tituló "Sinfonietta", quizá por haberse apar-

tado de las normas clásicas y tradicionales, suprimiendo el obligado Adagio.

En la Introducción que lo sustituye, jugaron, maravillosamente dichos por nuestra Orquesta, todos los temas fundamentales de la obra y aún aquéllos secundarios que figuran ligeramente esbozados, pero con una gran riqueza expresiva y rítmica.

Vino después el célebre Allegretto, página inspiradísima en cuanto a su línea melódica, y con un carácter elegíaco, dentro de una sucesión de ritmos insistentes, en tiempo de andante. La interpretación que dió Celibidache al conocido Movimiento tuvo la virtud de la sobriedad, dentro de los más estrictos cánones de fidelidad a la "particella", pero dejando siempre un amplio margen a sus disciplinadas huestes, en la forma expresiva. La Orquesta se creció ante la confianza del Maestro y aún actuando todos sus componentes a un altísimo nivel artístico, destacaríamos la actuación de "primeros" y "cellos", que la encontramos maravillosa.

Ya con el ambiente caldeado de contenido entusiasmo, Celibidache hizo maravillas interpretativas del Presto y Allegro finales, jugando en el primero, con las alteraciones rítmicas y llevando el segundo, con un brio inigualable y una expresión alada y alegre, para cortar el último acorde, magistralmente y dar paso a una ovación cerrada del distinguido público, que a duras penas pudo esperar al final de la Obra para manifestar su admiración y su entusiasmo.

El Maestro rumano, se vió obligado a salir varias veces, para corresponder a la merecidísima ovación y con gentileza exquisita la ofre-

ció a la Orquesta por su brillante actuación.

El "Don Juan", de Strauss, que figuró en la segunda parte del programa, no es obra que llega siempre a ganarse la atención y emoción de los públicos, a pesar de su complicadísima estructuración orquestal o quizá por ella misma. No obstante, hay pasajes de inspiradísima melodía, pero son esbozos ligeros que luego dan paso a las complicaciones contrapuntísticas y a los efectos de amplia sonoridad. El final, que tiene una expresión triste, se ajusta muy bien al poema de Lenau, quien nos describe la muerte del bullicioso protagonista, pero los acordes últimos dejan un hábito de amargura y no son muy propicios para arrancar una ovación entusiasta entre los oyentes. Sin embargo, la labor de la Orquesta fué muy buena, y Celibidache la dirigió con una autoridad y una justeza que perdurarán mucho tiempo en mi memoria.

Cerró el magnífico Concierto, la brillante Obertura de Tanhauser y aquí, la sala entera vibró, enervorizada, admirando las múltiples bellezas que encierra la obra wagneriana, toda ella plena de sonoridades impresionantes y cuajada de figuras melódicas, de inspiración casi sobrenatural.

Celibidache la llevó magistralmente, con su batuta, enérgica y maleable; precisa y autoritaria, a veces, y acariciante, otras, en los pasajes románticos de que está colmada la Obertura.

Ovaciones, delirantes e interminables, fueron el epílogo de la velada, y el justo premio, a una labor de conjunto admirable y a una actuación genial del gran maestro rumano.

Asistimos también al Segundo Concierto, en la mañana del domingo. Estaba anunciado el poema de Strauss, "TILL FULENSPIEGEL", pero Celibidache prefirió repetir el "Don Juan" del mismo autor. En esta segunda audición, la Orquesta se superó en la obra, y las ovaciones sonaron fuertes y merecidas.

Me gustó más la versión primera de la "Séptima" de Beethoven, en sus tres primeros Movimientos, aunque la ejecución fuera muy buena también el domingo. Sin embargo, el Allegro final obtuvo una interpretación superior a la primera, y Celibidache lo llevó con una alegría y un dominio tales, que provocaron el entusiasmo del público.

Cerró nuevamente el Concierto la famosa Obertura de Tanhauser. Aquí se desbordó el entusiasmo. Pues si brillante fué la primera versión, ésta la sobrepasó cumplidamente.

El homenaje final, a Director y Orquesta, fué de caracteres apoteósicos. Celibidache, con gentileza de gran caballero, sacó al proscenio al Maestro Vicente Emilio Sojo, para hacerle participe de las ovaciones que también debían alcanzarle, pues gracias a su labor inicial, tiene hoy Venezuela, una Orquesta, como la Sinfónica, digna de que la dirijan maestros de la excelsa cualidad del Maestro SERGIU CELIBIDACHE.

Y con esta magnífica impresión, esperamos ahora al Maestro Desiré Defauw, de quien el público caraqueño, guarda el mejor recuerdo. Nos esperan, pues, brillantes jornadas musicales, que continúen la temporada, iniciada con tanto éxito.

"BECUADRO".